

¿Una declaración cándida de candidez?

RAMSÉS FUENMAYOR *

Suponemos que cuando alguien, en un examen retrospectivo, pone de manifiesto su candidez¹ en relación con una cierta actuación pasada, lo hace sobre la base de la superación de tal estado de candidez. Es decir, la declaración de candidez se presenta sobre el fondo de una declaración (generalmente implícita) de no-candidez (de lucidez²). En efecto, la candidez implica no darse cuenta de ciertas fuerzas o aspectos, generalmente negativos, que inciden sobre una cierta situación, y cuya ignorancia hace lucir tal situación como deseable, buena, conveniente, «blanca». Si uno, implícita o explícitamente, se declara cándido está diciendo que ahora se da cuenta de lo que antes ignoraba y que, por tanto, ya no es cándido en relación con ese asunto. Pero, ¿es realmente esto así? ¿Habrá algún modo de que alguien pueda declarar con sinceridad su candidez pasada (referente a una cierta situación) sobre la base de la misma candidez?

Creo que el opúsculo titulado «Una crisis global», escrito por el famoso Mijaíl Gorbachov como parte de su libro *Carta a la tierra*,³ constituye un buen caso a partir del cual se podrían considerar las anteriores preguntas.

La estructura de este discurso puede encapsularse en la siguiente expresión (la cual, más adelante, será denominada síntesis estructural del discurso de Gorbachov):

«Yo creí que el hecho X (de cuya gesta yo fui copartícipe) contribuiría de manera significativa a que se produjera el conjunto de buenas consecuencias Y; sin embargo, lo que efectivamente ha venido ocurriendo desde entonces: la situación actual Z, es casi lo contrario de tal conjunto de buenas consecuencias Y».

De hecho, el gran facilitador del golpe de gracia al socialismo soviético mediante sus famosas «perestroika» y «glasnost» comienza así su texto:

«Cuando dedico una mirada retrospectiva a los acontecimientos de la última década me embargan la alarma y la desilusión. Parecía que el fin de la guerra fría,



cuyo símbolo más visible fue la caída del muro de Berlín, permitiría a la humanidad concebir esperanzas para el futuro» (p. 49)

Nótese que se habla de «desilusión» ante la (implícita) «ilusión» acerca de las buenas consecuencias que el fin de la guerra fría traería consigo. ¿Será esta ilusión el resultado de un estado de candidez? En el discurso no hay ninguna declaración explícita al respecto. Pero, continuemos. Después de las palabras anteriormente citadas, Gorbachov recorre rápidamente el territorio definido por lo que en la síntesis estructural del discurso llamamos conjunto «Y» de buenas consecuencias; el cual, de acuerdo con su «ilusión», debió derivarse del «fin de la guerra fría». Estas ilusas consecuencias —tales como el fin de «la carrera armamentista», el «encaminarse por la senda del desarrollo sostenible», la erradicación «de la pobreza y de la catastrófica contaminación del medio ambiente»— pueden resumirse en aquel ideal surgido de la Ilustración (especialmente en su rama romántica y Kantiana), consistente en una humanidad en la que reine la justicia, la igualdad de oportunidades, la auténtica democracia y la paz. A este ideal dieciochesco, Gorbachov le añade, con gran fuerza retórica, el nuevo ideal ecologista contenido en la idea del «desarrollo sostenible».

Según cuenta el (ilus) creyente, no tuvo que esperar mucho tiempo para encontrar su amarga des-ilusión: Ya en la tercera página de su escrito, apesadumbrado nos dice:

«...en lugar de ingresar en un nuevo orden mundial, nos hemos hundido en un nuevo 'desorden mundial', en el que muchos países, en lugar de adoptar un enfoque global del problema de supervivencia de la humanidad, se han entregado a astutas maniobras que les aseguran ventajas a expensas de los demás» (p. 51)

Esta declaración (que constituye una breve descripción de lo que en la síntesis estructural del discurso llamamos «Z»), acompañada por otras dolorosas frases tales como «la humanidad se encuentra ya en una situación de colisión real con el porvenir» (tomada de Alvin Toffler), es una clara manifestación de una «desilusión», de la ruptura de una ilusión —de la ilusión que parece haber movido a Gorbachov en su tarea de catalizar el fin del socialismo soviético. Pero, ¿significa esto que nuestro autor reconoce que ese «fin de la guerra fría» no sólo no trajo las consecuencias esperadas bajo su ilusión, sino que nos alejó más aun de ese camino deseado? —Creo que, aunque no hay una declaración absolutamente explícita en este sentido, todo el texto apunta hacia una respuesta afirmativa a esta pregunta. Es decir que Gorbachov, por lo menos, acepta que cometió un error de apreciación. Pero, ¿significa esto el reconocimiento de su candidez al haber considerado que el «fin de la guerra fría» nos colocaría en el franco camino de una humanidad en la que

reinaría la justicia y el cuidado por el medio ambiente? Cuando, por primera vez y de manera muy apresurada leí el texto de Gorbachov, mi respuesta ante esta pregunta fue afirmativa. Este escrito, pensé, es una manifestación por parte del autor de su culpable co-participación. Pero, además creí —y esto es lo más importante— que se trataba de una crítica de los supuestos infundados que dieron lugar a su ilusa esperanza, a su candidez. Pero, al considerar mejor el asunto y re-leer el opúsculo, surgieron serias dudas sobre mi primera interpretación. Sigamos repasando el discurso de Gorbachov para encontrar el lugar de esas dudas.

Después del lapidario juicio antes citado sobre lo que ha venido pasando en el mundo en los años posteriores a la caída del socialismo soviético, Gorbachov escribe un breve comentario —un párrafo— referente al famoso 11 de septiembre de 2001. Debo aquí comentar que sospecho que este texto («Una crisis global») fue escrito muy poco tiempo después de ese fatídico 11 de septiembre. En todo caso, creo que ese penúltimo párrafo que se inicia mencionando «el 11 de septiembre» contiene lo que considero la conclusión del artículo (a pesar de ser el penúltimo párrafo de la introducción). Pienso, además, que el párrafo en cuestión contiene la respuesta directa más clara que se puede conseguir en el texto ante las preguntas y dudas que he venido planteando desde el comienzo de mi interpretación. Por esas dos razones, prefiero dejar la consideración de este párrafo para el final del rápido recorrido que estamos haciendo por el camino discursivo seguido en esta descripción de la «crisis global» del presente.



Siguiendo el texto, inmediatamente después, en un párrafo de dos líneas, el autor formula la pregunta con la que termina la primera e introductoria sección del capítulo y abre la puerta discursiva para pasar a las siguientes secciones: «¿Qué balance podemos hacer del período transcurrido entre el fin de la guerra fría y los sucesos del 11 de septiembre?» (p. 51).

La respuesta a esta pregunta se despliega en el resto del capítulo y se estructura en cuatro secciones; cada una de las cuales, parafraseando el título del capítulo, se encarga de describir las 4 crisis que componen la «crisis global» que se ha desarrollado «entre el fin de la guerra fría y los sucesos del 11 de septiembre»; a saber: «una crisis política»; «una crisis económica»; «una crisis social»; y «una crisis ecológica». La descripción de esas crisis constituye el despliegue de los hechos que llamamos «Z» en la síntesis estructural del discurso bajo examen.

No puedo aquí dar cuenta detallada de cómo Gorbachov veía, cuando produjo su escrito, cada una de esas crisis. Baste con decir que esas secciones son una ampliación de lo adelantado en la introducción cuando el autor enuncia su desilusión. Así, bajo el nombre de «crisis política» el autor describe cómo «el fin de la guerra fría no ha significado en ningún caso el inicio del reino de la paz sobre el planeta. Por el contrario, hemos sido testigos de los más crueles conflictos y guerras en Europa, Asia y América.» (p. 52). En la sección dedicada a la «crisis económica» se describe cómo, a pesar del vigoroso crecimiento tecnológico y económico experimentado en ciertos países, durante la post-guerra fría, ha aumentado, aun más vigorosamente, «la desigualdad entre el Norte y el Sur, entre ricos y pobres» (p. 55). Nótese aquí que Gorbachov supone que el crecimiento tecnológico y económico es un hecho que «naturalmente» sería favorable para la superación de la desigualdad y la pobreza si no fuese por factores distorsionantes de esa «naturalidad». La «crisis social» mientras, con ilustradoras y terroríficas cifras, el incremento de la pavorosa pobreza que azota la mayor parte de la población humana del planeta. Finalmente, la «crisis ecológica», la que parece preocuparle más al autor, describe patéticamente la acelerada destrucción, por parte de los países desarrollados, de esa fina capa de tierra y aire que sostiene la vida en el planeta.



Después de leer tan lúgubre diagnóstico (Z) —en el que, sea dicho de paso, no creo que haya exageración— bien se puede pensar que Gorbachov comprendió cuan cándido fue al creer que el fin de la guerra fría sería el umbral para un mundo mejor. En este orden de ideas, creería uno que el estadista⁴, luego de su desilusión, descubrió que la tensión conflictiva denominada «guerra fría» significaba, al menos, un pequeño obstáculo ante el poder imperial, opresor y destructor que los gobiernos y grandes corporaciones de los países de-

desarrollados ejercían sobre la mayor parte de la población del mundo y sobre el medio ambiente. Supondría uno que, después de observar el desastre hacia el que se encamina el mundo actual, Gorbachov entendió mejor el movimiento interno del proceso histórico seguido por la modernidad europea en relación con las otras sociedades del mundo; que comprendió mejor la dinámica subyacente en el capitalismo; que comprendió mejor el devenir histórico-ontológico de Occidente y lo que parece ser su crisis final. Pensaría uno que al Gorbachov desilusionado se le hizo claro lo que ya Nietzsche anunció desde hace más de un siglo y lo que los más connotados filósofos del Siglo XX desplegaron cuidadosamente en muchas de sus obras⁵; a saber, el rotundo fracaso del proyecto de la Ilustración —fracaso que, todo ahora parece indicarlo, estaba sembrado en el propio meollo de dicho proyecto. En fin, después de leer ese aterrador diagnóstico, podría pensar uno que Gorbachov perdió la candidez que lo llevó a pensar que el fin de la guerra fría sería el último paso para que la humanidad se encaminara por la autopista que la conduciría a la utopía soñada por los pensadores de la Ilustración. Podría uno pensar todo esto, pero creo que estaría equivocado. Me parece que la desilusión que manifiesta el autor no implica el reconocimiento de su candidez. Me parece que Gorbachov sólo admite un error de apreciación, como cuando uno cree que un objeto visible es liviano y al intentar levantarlo descubre que es mucho más pesado. Admitir la candidez implicaría, en este caso, descubrir una limitación en el sistema apreciativo que permite cualquier apreciación. Creo que la concepción ontológica, epistemológica, política y sociológica que lo llevó a formarse aquella ilusión

sigue siendo básicamente la misma que lo domina al escribir las páginas que estamos comentando. En fin, creo que la desilusión no le ha permitido a Gorbachov un cambio significativo en términos de lucidez.

Son muchos los signos discursivos a lo largo de todo el escrito del ex-gobernante soviético los que alimentan mi escepticismo en relación con su lucidez; pero el síntoma más claro de la continuación de su candidez lo encontramos en aquel penúltimo párrafo de la sección introductoria que intencionalmente dejamos de comentar cuando nuestra rápida revisión del opúsculo pasó por ese punto.

Decía que ese párrafo representa, a mi modo de ver, la conclusión del artículo. Lo veo así por la siguiente razón: En las últimas cuatro líneas de su escrito, en lo que normalmente funge como palabras conclusivas del discurso, Gorbachov, después de presentar la terrorífica situación en la que la humanidad se ha embarcado después del fin de la guerra fría, dice lo siguiente:

«Ha llegado la hora para cada uno de nosotros de tomar conciencia de nuestra responsabilidad por el destino del planeta. Lo hemos transformado hasta lo irreconocible. Ahora estamos obligados a preservar la vida en la tierra» (p. 69).

Y así termina el opúsculo.

Después de leer el gravísimo diagnóstico de nuestra enfermedad —de la que sufre nuestra condición de humanidad— estas palabras son algo así como la invocación que le hace a Dios el médico que ya ve agotado el recurso de su práctica curativa ante la muerte inminente del paciente. El hombre que contribuyó a producir lo que él mismo consideró como una muy trascendente transformación de la estructura de poder mundial, con el fin de que eso sirviera como catalizador de una transformación en la conciencia colectiva de los hombres (modo de pensar coherente con el materialismo histórico); a ese hombre, ahora, sólo le queda hacer un llamado directo a la conciencia de los hombres de buena voluntad. ¿Estará Gorbachov dispuesto a abandonar el principio rector del materialismo histórico y suponer que un sermón sea suficiente para cambiar el modo de vida asociado a la estructura de poder que está destruyendo la humanidad y la tierra? Creo que no. El estadista ruso sigue buscando hechos, transformaciones socio-económicas que puedan disparar las transformaciones requeridas en el modo de ver el mundo. Sin embargo, por alguna extraña razón, no coloca su nueva esperanza al final del escrito; la coloca sólo al final de la introducción, en el párrafo que comienza di-

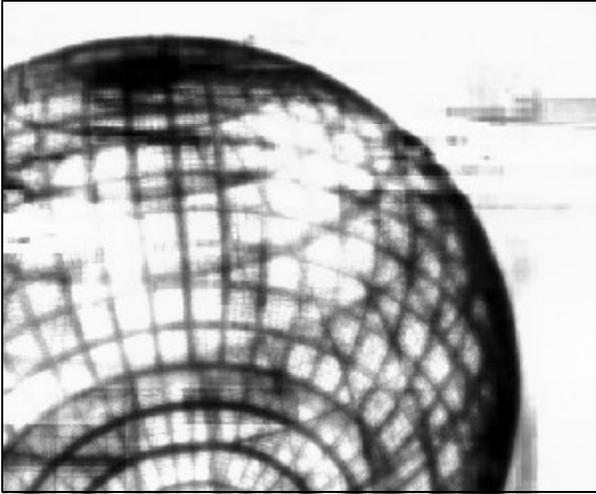
ciendo: «El 11 de septiembre ha evidenciado la inconsistencia de la idea de un mundo unipolar» (p. 51). —porque es claro en el discurso de Gorbachov que la uni-polaridad resultante de la muerte de la bi-polaridad anterior ha sido funesta para el ideal que él dice profesar. Unas cuatro líneas más abajo, refiriéndose aun al suceso acaecido el 11 de septiembre del 2001, continúa diciendo:

«Considero que debemos tomar ese monstruoso suceso como el de la fecha del trágico entierro de la filosofía nacida tras la desaparición de la URSS y el fin de la guerra fría, a la vez que un nuevo impulso para la unificación de la humanidad en aras de la solución a los problemas globales que tienen ante sí todos y cada uno de los habitantes del planeta» (p. 51).

¡Esta sí es la coda del escrito! Aquí encuentra Gorbachov un nuevo hecho que podría lograr lo que el fin de la guerra fría no logró. Aquí aparece un nuevo lugar para la esperanza, para la ilusión, para el ejercicio de la misma candidez que, aparentemente, lo llevó a ser el adalid de la perestroika. ¿Qué pensará Gorbachov en estos días, después de la invasión y genocidio cometido en Irak, el cual tuvo como excusa lo acontecido el 11 de septiembre? ¿Estará nuestro cándido autor buscando un nuevo hecho que le muestre que ahora sí nos encaminaremos por el camino de la justicia global y del cuidado del medio ambiente?

Pero, a todas estas, ¿en qué consiste la candidez del pensamiento gorbachoviano? —se preguntará, con toda





razón, el lector atento que no esté muy familiarizado con la tradición crítica filosófica iniciada por Nietzsche, antes invocada como contraste para la candidez de Gorbachov. ¿Qué es eso que Gorbachov no ve y sobre lo que se impulsa su ilusión?

Gorbachov aspira que un pensamiento práctico, en el sentido Ilustrado del término, oriente la acción resultante de los grandes poderes del mundo actual hacia la consecución y mantenimiento del bien común. No quiero decir con esto que el autor de «Una crisis global» considere que el afán de justicia planetaria y preservación del medio ambiente que acompaña este ideal provenga de aquel principio según el cual el bien común es un fin en sí mismo, superior a cualquier bien individual (o que provenga de la consideración kantiana de que, en la forma de su imperativo categórico, es un principio racional *a priori*). El «pensamiento práctico» al que me refiero también podría estar emparentado con una forma más utilitarista —otra hija de la Ilustración— fundada en la simple idea de que si la nave en la que todos estamos embarcados se hunde, nos hundimos cada uno de nosotros (así creo que lo piensa Gorbachov). Pero, aún este caso más utilitarista e individualista requiere del uso de una razón práctica que sopesa los beneficios asociados a la consecución inmediata de poder y riqueza para una persona o grupo de personas y los daños mediatos que las acciones que ocasionan esos beneficios causan sobre el barco que nos sostiene a todos. Es decir, se requiere del dominio de un cierto modo de racionalidad, una modalidad de la razón práctica, que discuta la conveniencia, viabilidad y «sostenibilidad» de los fines que orientan las acciones.

Lo que no parece ver Gorbachov es que ese uso de la razón práctica quedó opacado y desplazado por el uso de

una razón instrumental —una reducción de la razón potenciada y reafirmada por un inmenso aparato tecnológico, que sólo se preocupa por alcanzar las metas que un desmedido afán de poder va marcando, sin otra consideración que no sea conseguir ese poder inmediato. No parece ver Gorbachov que esa tecnología, que por doquier en su escrito abre sus esperanzas, está «encuadrada»⁶ y predefinida dentro de un afán instrumental que sólo busca el mejor sistema de medios para acumular más poder; el cual, a su vez, permita acumular más poder, y así sucesivamente... (hasta la destrucción total). Ante esta razón instrumental, la pregunta «¿para qué (hago esto)?» muy rara vez se formula; y cuando se hace sólo busca seleccionar una meta de las ya previamente definidas por el afán de poder.

El Gorbachov que ayudó de manera decidida a derribar la «cortina de hierro» sólo ayudó a eliminar un obstáculo circunstancial del ahora desenfrenado ejercicio de una poderosa razón instrumental que únicamente obedece a una pura voluntad de poder.

Tal vez en este punto alguien podría mediar y expresar lo siguiente: El desilusionado autor de «Una crisis global» aprendió su lección y empieza a darse cuenta del descomunal dominio de la razón instrumental; y lo que pretende con su artículo es, precisamente, incitar el uso de la razón práctica en sus semejantes dominados por la razón instrumental. Si este fuese el caso, ¿se percata dicho autor de que ni el dominio de la razón instrumental ni la desmedida voluntad de poder a la que le sirve son atributos individuales de, digamos, aquellos personajes que toman decisiones en la Casa Blanca o en las gerencias de las grandes corporaciones?

—Creo que no. Me parece que Gorbachov no ve que se trata de atributos de la cultura dominante en la posmodernidad; la cual, con toda su arrogancia y poder, surge entre las ruinas del Proyecto de la Ilustración⁷. No ve que el último intento de constituir una moral y una racionalidad práctica que orientara la vida moderna fracasó⁸; y en su lugar se constituyó un ser humano que, en aras de una ilusa libertad, hace todo lo posible por descomprometerse e independizarse del «otro», de su familia, de su comunidad, de su patria, de su lenguaje, de su historia; todo esto con la ilusa intención de utilizar al otro, a su familia, a su comunidad, a su patria, a su lenguaje, y a su historia para sus metas personales de acumulación de poder y riqueza. No ve que ese utilizador y manipulador de todo lo que nos rodea en el que cada uno de nosotros quiere convertirse es una simple mario-

neta de un poder ontológico (no un mero poder social) que determina el modo como la realidad aparece y como nosotros aparecemos en relación con la misma: Un modo caracterizado, precisamente, por la tendencia, cada vez más fuerte, a que cualquier cosa que sea el caso aparezca como un instrumento a la disposición de una voluntad de poder sin otro fin que no sea el poder mismo.⁹

Esto, creo, es el punto ciego fundamental de la mirada del ex-premier soviético. La candidez de Gorbachov —no reconocida como tal por él mismo; y por eso es candidez— radica, a mi modo de ver, en la absoluta ignorancia de este poder ontológico. Seguramente Gorbachov se da cuenta de que un poder individual o grupal (de hacer que otros hagan lo que no hubiesen hecho sin la intervención de ese poder) descansa en una trama de relaciones sociales mediante las cuales se ejerce ese poder. Es decir, muy probablemente Gorbachov ve que el poder individual o grupal depende de formas sociales de poder. De lo que no parece percatarse es que esas relaciones sociales de poder dependen, a su vez, de la manera como la realidad se presenta sobre un fondo histórico-cultural —que depende de lo que hemos denominado un poder ontológico.

¿En qué medida puede cualquiera de nosotros, los que habitamos el mundo Occidental (u occidentalizado) del presente, escapar de esta candidez? ¿Cuán hiriente sería una mayor lucidez? ...porque, por este territorio caminaba el gran poeta René Char cuando dijo: «la lucidez es la herida más cercana del sol».

*Prof. Facultad de Ingeniería-ULA.
e-mail: ramsesfa@ula.ve

Referencias bibliográficas

- Adorno, T (1966). *Negative Dialectics*. Routledge. London.
- Baudrillard, J. (1988). *Selected Writings*. Polity Press. UK.
- Deleuze, G.; Guattari, F. (1983). *Anti-Oedipus. Capitalism and Schizophrenia*. The Athlone Press. London.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las Cosas: Una arqueología de las Ciencias Humanas*. Siglo Veintiuno Editores, México.
- Fuenmayor, R.L. (2001a). «The Oblivion of Churchman's Plea for a Systems Approach to World Problems: I. The Inseparability of Systems Thinking and World Issues in the Modern Epoch». *Systemic Practice and Action Research*, **14**, No 1, 11-28.
- Fuenmayor, R.L. (2001b). «The Oblivion of Churchman's Plea for a Systems Approach to World Problems. II. The Rise of the Modern Constellation». *Systemic Practice and Action Research*, **14**, No 1, 29-45.
- Fuenmayor, R.L. (2001c). «The Oblivion of Churchman's Plea for a Systems Approach to World Problems. III.

The Fall of the Modern constellation». *Systemic Practice and Action Research*, **14**, No 1, 47-60.

- Galbraith J.K. (1978). *The New Industrial State*, Penguin Books, Harmondsworth
- Gorbachov, M. (2003). *Carta a la Tierra*, Planeta, Barcelona.
- Habermas, J. (1992). *Postmetaphysical Thinking*. Polity Press. UK.
- Heidegger, M. (1977). *The Question Concerning Technology and Other Essays*. Harper Torchbooks.
- Lyotard, J.L. (1984). *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, Manchester University Press, Manchester.
- MacIntyre, A. (1981). *After Virtue: a study in moral theory*. Duckworth, Great Britain.
- Rorty, R. (1980). *Philosophy and the Mirror of Nature*. Blackwell. Oxford. UK.
- Taylor, Ch. (1989). *Sources of the Self*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Notas

- ¹ Usaré esta palabra en un sentido que, primariamente, puede comprenderse a partir de la reunión del significado descrito en la tercera acepción del Diccionario de la Real Academia Española (a saber: «Simple, poco advertido») con el que se puede extraer de la inmortal obra de Voltaire: «Cándido».
- ² *Lucidez*: entendido el término en el poético sentido que emana de la pluma de René Char cuando dice: «La lucidez es la herida más cercana del sol».
- ³ Gorbachov (2003). De hecho, este ensayo surge de la amable petición que el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad de Los Andes me ha hecho de escribir una nota sobre tal opúsculo de Gorbachov. Para tal fin, supondré que se trata de un escrito independiente, que no es un eslabón de una cadena argumental desarrollada a lo largo del mencionado libro.
- ⁴ Creo que así se considera él mismo cuando recuerda la diferencia entre un estadista y un político definida por Churchill: «el político piensa en las próximas elecciones, mientras que el estadista piensa en el futuro». p. 57.
- ⁵ Para sólo citar algunos ejemplos, considérese la obra de pensadores tales como Heidegger (1977), Adorno (1966), MacIntyre (1981), Taylor (1989), Foucault (1968), Baudrillard (1988), Deleuze (1983), Habermas (1992), Lyotard (1984), Rorty (1980), Galbraith (1978), y otros.
- ⁶ Me refiero aquí al «modo de revelar» la realidad dominante en la alta modernidad (o posmodernidad), llamado por Heidegger (1977) «*Gestell*», y caracterizado porque cualquier cosa que sea el caso aparece como un dispositivo listo para ser usado al antojo de un operario que es el ser humano.
- ⁷ Este punto, aquí apenas enunciado en las líneas que siguen, fue desarrollado con mayor amplitud en una trilogía de artículos que discute el olvido de la racionalidad práctica (Fuenmayor: 2001a, 2001b, 2001c)
- ⁸ Véase MacIntyre (1981).
- ⁹ Véase Heidegger (1977).